

El verbo revolucionario

Margarita López Maya

De regreso al país después de una semana en Río de Janeiro, donde asistí a la Asamblea General del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), he sido sorprendida por la virulencia del discurso político. Si bien es previsible que en una coyuntura electoral se alboroten las emociones, el discurso incendiario se generalice y la polarización reaparezca, los niveles de violencia verbal esta semana alcanzaron un techo. Lo que lo hace especialmente lamentable es que provinieran de altos dirigentes del oficialismo.

El alcalde metropolitano es reiterativo en su regodeo del trato grosero y desconsiderado con el adversario. Destilando arrogancia, irrespeto y la más ramplona chabacanería lo hemos visto en más de una ocasión en eventos y programas de televisión. Resulta un tormento y una vergüenza para la ciudad que el alcalde mayor trate a opositores políticos como piltrafas humanas, y de paso insinúe que todo un sector social a la cual él mismo pertenece sea “putrefacta”. Corruptos, fascistas, ladrones, van a ir presos, además de escupitajos, según el decir de la prensa, fueron algunos de los epítetos y acciones que exhibió el mandatario. Los insultos fueron acompañados con amenazas: expropiaciones de terrenos en las parroquias del este, dentro de un contexto verbal que quiere dejar claro que avanzamos en este proceso “revolucionario”.